

EL EVANGELIO EN LA *LECTIO* Y LA ORACIÓN DEL MONJE

El hombre, como criatura, es un ser abierto a la comunicación de Dios quien “en su bondad y sabiduría dispuso revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad”¹⁸¹ especialmente por medio de su Palabra. El hombre ha sido elegido, llamado y hecho capaz de oír esta Palabra por un don gratuito del Padre que “habla a los hombres como amigos” para invitarlos a entrar en relación con Él¹⁸².

El monje, que concentra su vida en esa relación es el auditor por excelencia de la Palabra. De aquí la importancia que la Sagrada Escritura tiene en su vida: “la lectura divina es considerada por toda la tradición monástica como uno de los medios más adecuados y necesarios para la vida de los monjes”¹⁸³.

Los monjes de todos los tiempos han leído, meditado, rumiado la Sagrada Escritura y sobre todo el Evangelio. La *lectio* no es un estudio, un análisis técnico de los textos sino un contacto personal con la Palabra encarnada que es Jesucristo¹⁸⁴.

San Benito nos dice (RB, cap. 49) que la vida del monje debería responder en todo tiempo a una observancia de Cuaresma y el contexto de todo el capítulo nos muestra claramente qué debemos entender por esta frase: el monje debe ser el hombre que cada día responde a la invitación inaugural de la predicación de Jesús: “Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,14) porque el Reino de Dios está cerca.

Crear y convertirse. La *lectio* tiene como fin conducir al monje a estas dos actitudes fundamentales de toda vida cristiana. “Ser cristiano es ‘escuchar’ la Palabra de Dios y ‘guardarla’ “. “El sentido primero de esta Palabra es arrancarnos de la ignorancia sobre nosotros mismos y sobre Dios, de nuestro pecado, de nuestra condenación”¹⁸⁵. La Palabra es la semilla sembrada en el campo, que en la buena tierra crece mientras el hombre duerme y produce primero el tallo, luego la espiga, y finalmente el grano maduro (Mc 4,20 y 26-28).

Esta Palabra “cura los cuerpos y transforma los corazones”, “es una fuerza misteriosa que opera desde el interior”. “Opera el llamado y si el alma se abre y responde, opera la salvación”¹⁸⁶. San Benito dirá: “Si tú al oírlo respondieres: “Yo... el Señor te muestra el camino de la vida” (RB, Pról. 16 y 30). Es la “Palabra de Verdad, el Evangelio de la salvación” (Ef 1,13).

El Evangelio es también la lámpara que ilumina toda la Biblia. Si comprendiéramos esto, tal vez nos sería más fácil solucionar los problemas que tenemos, por ejemplo, al rezar los salmos. Su cristianización no es posible sino a partir del Evangelio. Pienso que no sabemos rezar los salmos porque no conocemos suficientemente el Evangelio y, añadiría, porque no hemos hecho profundamente nuestros los gozos y las esperanzas, el dolor y la angustia de los hombres de este tiempo.

Lo que digo de los salmos vale para todo el Antiguo Testamento. Los monjes lo han hecho a menudo objeto de su lectura y meditación y creo que es esto lo que les ha dado -como lo prevé

¹⁸¹ *Dei Verbum*, 2.

¹⁸² Cf. *ibid.*

¹⁸³ *Proposiciones sobre la vida benedictina*, 19, c.

¹⁸⁴ Cf. *ibid.*, 19, d.

¹⁸⁵ JEAN MOUROUX, *L'Expérience chrétienne*, cap. IV.

¹⁸⁶ *Ibid.*

la Constitución *Dei Verbum*- ese sentido de la salvación de Dios que no es algo abstracto y estático sino una realidad encarnada, histórica, dinámica, vivida por hombres como nosotros, con nuestras debilidades y nuestras búsquedas, con nuestra sed de Dios y con la constante tentación de los Baales; pero el Antiguo Testamento sin el Evangelio permanecería velado, como lo está todavía para los judíos. Solo cuando uno se convierte al Señor, cae el velo y podemos contemplar la Buena Nueva de la gloria de Cristo que es la imagen de Dios (cf. 2 Co 3,14 ss.) para ser transformados en esa misma imagen cada vez más gloriosa.

La Palabra de Dios nos “conoce” y nos juzga, es la espada de dos filos que penetra hasta las junturas del alma y del espíritu (*Hb* 4,12). Es imposible colocarse frente a ella, exponerse a su acción sin que nuestras obras sean confrontadas con el fruto de la luz y aparezca con claridad nuestro pecado y la necesidad de conversión.

Si “abrimos nuestros ojos a la luz divina” si no endurecemos nuestro corazón ya no podremos alimentar en nosotros esos “sofismas orgánicos” de los que habla Teilhard de Chardin y que son tan comunes hoy, cuando tantos hombres tal vez de buena voluntad, pero que no saben orar, se sirven del Evangelio –de un Evangelio mutilado– para apoyar o ilustrar sus propias ideologías.

Pero el monje no puede servirse del Evangelio sino que debe ser su humilde servidor –“per ducatum Evangelii”, dice san Benito–. A través y por medio de la *lectio divina* debe creer y convertirse, “Volver a Aquel de quien se había apartado” (RB, Pról). “Contemplar a Cristo, su mundo, su verdad, para reencontrar a Dios y ‘verlo’. Verlo con los ojos de la fe que son los verdaderos ojos, que dan una visión objetiva. Estos son nuestros ojos, los del cuerpo y los del espíritu, pero vueltos interiormente luminosos por el Espíritu Santo que habita en nosotros”¹⁸⁷.

El Evangelio más que una “Buena Noticia” (expresión que sufre quizás la influencia de los mass-media que nos inundan) es una “Buena Nueva”, una novedad de salvación que trae y exige una transformación radical. Esta transformación tiene su origen en Dios ya que “nadie es bueno sino Dios” (*Mc* 10,18). La *torah* de Dios en la Biblia es su misericordiosa voluntad de salvación que hace nuevas todas las cosas.

La *lectio* va impregnando al monje de esta bondad esencial, impregna su mente, su voluntad, su corazón y lo transforma, lo renueva.

El monje se debe dejar “mentalizar” por el Evangelio hasta tener la mente de Jesús como Jesús tiene la mente del Padre¹⁸⁸, hasta adquirir esa verdadera ciencia y ese tacto afinado que le haga discernir lo mejor (*Flp* 1,9-10) y llegar al pleno conocimiento de la voluntad de Dios (*Col* 1,9) y de su misterio (2,2) para no ser esclavizado por la “vana filosofía”, puramente humana, modelada sobre las ideologías del mundo y no según Cristo (2,8).

Renovado por la transformación espiritual de su juicio (*Ef* 4,23) podrá fructificar para la santidad (*Rm* 6,22) porque el Evangelio es una fuerza de Dios para salvación de todo creyente (*Rm* 1,16).

Renovado en su inteligencia, rectificadas su voluntad, el monje debe convertir su corazón o más bien pedir y disponerse para que el Señor le de un corazón de carne. (¿Hemos meditado suficientemente en lo que significa tener “un corazón de carne”?). El contacto asiduo y orante con el Evangelio va creando en él un corazón puro, y entonces le serán revelados todos los misterios, esos misterios que permanecen ocultos para los sabios y prudentes y que son revelados a los pequeños (*Lc* 10,21), a los pobres, primeros destinatarios del mensaje de Jesús (*Mt* 11,5; *Lc* 7,22).

¹⁸⁷ HANS URS VON BALTHASAR, *La prière contemplative*, cap. II - Desclée de Brouwer, p. 186.

¹⁸⁸ Cf. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios*, 3.

La *lectio* debe conducir al monje al conocimiento de Jesús que es Camino, Verdad y Vida porque aunque nadie viene a Jesús si el Padre no lo atrae (*Jn* 6,44), paradójicamente, nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo (*Mt* 11,27).

Conocer a Jesús. Los estudios de exégesis evangélica de nuestro siglo han aportado valiosos elementos nuevos para ese conocimiento, los datos de la crítica histórica que siempre es bueno conocer, serán útiles en la medida en que, conocidos, seamos capaces de liberarnos de ellos para entrar en contacto con los Evangelios con la libertad del Espíritu y la “parresía” de los hijos de Dios.

Conocer a Jesús. Entrar en su intimidad. Vivir con él como el amigo con su amigo, como la esposa con el esposo. ¿Acaso el mismo Jesús no se ha dado a sí mismo esos títulos?

La *lectio* monástica no tiene otro objeto: mantenernos largamente junto a Jesús, permitirnos contemplarlo como se contempla un ancho río.

Conocer a sus amigos y a sus enemigos, observar sus gestos, descansar bajo su mirada o sentirse quemado por ella, escuchar sus palabras, esas palabras que, de pronto, se dirigen a nosotros y nos increpan, nos animan, nos consuelan: “¡Hombres de poca fe!...”. “No temáis, soy yo...”. “Venid a mí todos los que estáis fatigados...”.

Para esto nada puede reemplazar el contacto directo con el Evangelio. Los comentarios pueden ayudar, iluminar, abrirnos horizontes inexplorados, pero solo cuando una palabra ha resonado vitalmente en nosotros, cuando nos ha tocado directamente en lo profundo del corazón, podemos decir que nos pertenece o más bien que le pertenecemos y que será fecunda en nosotros. Mientras tanto, como el escudero del rey Totila, iremos vestidos con lo que no es nuestro, aunque nadie advierta la simulación y todos admiren el profundo conocimiento que tenemos de la Escritura.

El conocimiento, la relación personal con Jesús que adquirimos en la *lectio* nos conducirá –debe conducirnos por su propia virtud interior– a la oración íntima, al diálogo con Dios.

La novedad del Evangelio radica principalmente en un cambio en la relación del hombre con Dios. Ya no se trata de adorarle en el Garazim o en Jerusalén, sino de un culto en espíritu y en verdad (*Jn* 4,21-24). Solo podemos pasar del régimen ritualista y formal al régimen filial si conocemos el don de Dios, es decir si reconocemos a Jesús (cf. *Jn* 3,16). El nos enseña a orar. En primer lugar presentándonos su ejemplo: Jesús ora largamente al Padre en la soledad o se dirige a Él en presencia de sus discípulos o ante la muchedumbre (*Mt* 14,23; *Lc* 10,21; 22,41; *Jn* 11,41, etc.). La mayoría de las veces no se nos revela el contenido de esta oración y pienso que esto por dos motivos: en primer lugar, Jesús nos ha dicho claramente cuál debe ser el modelo de nuestra oración: “Vosotros, orad así” (*Mt* 6,9). Al enseñarnos el Padrenuestro nos ha dado el esquema al que debe ajustarse –en las formas más variadas– nuestra oración para ser verdaderamente cristiana. En segundo lugar y sobre todo, porque la oración es un acto profundamente personal e irrepetible, único en Cristo, irrepetible en nosotros. Quisiera poder explicarme. No hay sino una relación al Padre, una oración única, profunda, infinitamente rica, un “Abba” pleno: el de Cristo y una participación multiplicada en nosotros que reflejamos cada uno un matiz singular de ese gemido entrañable del Espíritu.

El Evangelio nos enseña sí, y es muy importante para nuestra oración, cuál es la actitud de Jesús, cuáles sus sentimientos, cuál su relación trinitaria, si podemos expresarnos de esta manera. La fidelidad al Evangelio en la *lectio* va creando en nosotros un corazón “ad Patrem” “in Spiritu” y de ese corazón brotarán “velut naturaliter, ex consuetudine”, los ríos de agua viva.

En síntesis, el monje debe leer el Evangelio para creer y convertirse al Señor y frecuentando su compañía, llegar a conocerlo, entrar en su amistad, tener los mismos sentimientos de su corazón

y por su Espíritu orar al Padre, que ve en lo secreto, no con muchas palabras sino con lágrimas y fervor del corazón, transformado en esa “oración subsistente” que es su manera de existir delante de Dios.

*Hna. M. Eugenia Suárez, osb
Sta. María, Madre de la Iglesia
Ruta Interbalnearia
Canelones, Uruguay*